

I. EN BUSCA DE LA FELICIDAD

Por altos robledos y hiedrosas vides perseguí a la Felicidad con ansia de hacerla mía. Pero la Felicidad huyó y corrí tras ella por cuestras y cañadas, por campos y praderas, por valles y torrentes hasta escalar las ingentes cumbres donde chillaba el águila. Crucé veloz tierras y mares; pero siempre la Felicidad esquivó mis pasos. Desfallecido y agotado, desistí de seguirla y me puse a descansar en desierta playa. Un pobre me pidió de comer y otro limosna. Puse el pan y la moneda en sus huesudas palmas. Otro vino en demanda de simpatía y otro en súplica de consuelo. Compartí con cada menesteroso lo que de mejor tenía. Entonces he aquí que, en forma divina, se me aparece la dulce Felicidad y suavemente musita a mi oído, diciendo: “Soy tuya”.

La felicidad es el destino del hombre. Todos apetecemos durables goces y placeres. Si nos preguntaran cuáles son nuestros tres más ardientes anhelos, la mayoría responderíamos: salud, riqueza y felicidad; pero si la pregunta se contrajese al supremo anhelo, la mayor parte lo cifraría en la felicidad.

Verdaderamente, todo ser humano anda en perpetua busca de la felicidad, pues aun sin darnos cuenta nos asalta este poderoso incentivo. Todos nos esforzamos en mejorar las condiciones de nuestra vida para vivir con algún mayor desahogo, creyendo que esto ha de darnos la felicidad. Poco a poco, procuramos emanciparnos de tareas ingratas y duras; pero aun cuando desde los albores de la historia haya ido la raza humana en busca de la felicidad, ¡cuán pocos la poseyeron y cuán menos supieron lo que es!

Quien fue en busca de la felicidad no la halló donde la buscaba: pues nadie puede hallarla si va en pos de ella, porque dimana de las acciones y no es producto de caza como las reses acosadas por los ojeadores.

Tan sencilla es la verdadera felicidad, que la mayor parte de las gentes no reparan en ella. Es hija de lo más humilde, tranquilo y modesto que en el mundo existe.

La felicidad no mora entre los ruines ideales de egoísmo, ociosidad y discordia. Por el contrario, es amiga de la armonía, de la verdad, belleza, cariño y sencillez. Multitud de hombres allegaron riquezas, pero a costa de su impotencia para disfrutarlas. Así solemos oír de algunos: “Tiene dinero y no le aprovecha”.

Muchas gentes se afanan con tal ahínco en ser felices en este mundo, que causaron su propia miseria. La felicidad está precisamente donde no cuidamos de buscarla.

Quien con egoístas propósitos persigue la felicidad, no saboreará jamás la bendita satisfacción dimanante del deber cumplido. La felicidad esquiva los pasos de quienes egoístamente la solicitan, porque la felicidad y el egoísmo son incompatibles. Ningún hombre, por rico que sea, encontrará jamás la felicidad, si para él solo la apetece, pues el egoísmo no es ingrediente de las duraderas satisfacciones de la vida. A nadie puede satisfacerle una acción egoísta, porque con ella quebranta la ley de Dios. Interiormente nos despreciamos cuando cometemos una acción egoísta.

Quienes con mayor desinterés aprecian las cosas, disfrutan los más puros goces de la vida. La costumbre de estimar en todo su valor cada circunstancia de la vida, acrecienta prodigiosamente nuestra felicidad; pero muchas gentes son incapaces de ella, porque sólo estiman lo que halaga su comodidad, placeres y apetitos.

Nunca hallan lo que buscan las gentes que siempre están pensando en sí mismas y de continuo apetece algo que satisfaga sus ansias egoístas. La felicidad es el sentimiento del bien, y sólo puede ser feliz quien se interesa por el bien del prójimo.

No puede haber mayor desilusión para un hombre, que no encontrar la felicidad después de consumir los mejores años de su vida y enfocar todas sus energías en la caza del dólar, sin atender a sus amigos ni a su individual mejora ni a nada de cuanto verdaderamente vale en la vida.

Si un hombre concentra toda su capacidad y convierte todas sus ocasiones a la ganancia de dinero, y descuida la educación de las facultades morales que puedan capacitarle para estimar la verdadera

felicidad, no estará en su mano alterar los resultados del hábito cuando se retire de los negocios.

Si no mantenéis viva vuestra capacidad de estimar lo verdadero, lo bueno y lo bello, os sorprenderá veros como Darwin, que en mitad de su vida cayó en la cuenta de que había perdido la facultad de gozar en la literatura y la música.

Muchos hombres malogran su aptitud para la felicidad, mientras buscan los medios de poseerla. Aun los mismos criminales se imaginan que por el crimen han de mejorar de condición, que el robo ha de enriquecerles y el asesinato librarles de un enemigo de su dicha.

No puede ser feliz el hombre a quien le remuerden sus malas acciones. No cabe felicidad en quien acoge pensamientos de venganza, envidia, celos y odio. Si no tiene puro el corazón y limpia la conciencia, ningún estímulo ni riqueza alguna le darán verdadera felicidad. En cambio, felices fueron en muy adversas circunstancias los hombres conscientes de haber obrado con justicia, al paso que sin este sentimiento fueron muchos hombres infelices, a pesar de tener satisfechas todas sus necesidades materiales.

Fouquier Tinville, el fiscal del tribunal revolucionario durante el reinado del terror en Francia, se complacía en presenciar la ejecución del noble, del viejo, del valiente, del joven y de la hermosa. Le entristecía la absolución de un reo y le alegraba su condena. El suplicio de sus infortunadas víctimas era para él reposo de las fatigas del oficio, y exclamaba al presenciarlo: “Este espectáculo me divierte”.

Hay quienes hallan placer en lo que les deprava y les avergüenza y repugna al día siguiente. En cambio, para otros no hay placer como el de auxiliar al desgraciado.

A menudo oímos decir a gentes que regresan del sitio a donde fueron a divertirse: “¡Qué bien hemos pasado el tiempo!” “¡Qué día tan feliz!” Así exclaman personas de toda condición social; pero no hay dos casos en que la palabra “feliz” signifique lo mismo, pues nada o muy poco significa cuando no se expresa la índole de felicidad.

Espontáneamente nos esforzamos en mejorar la suerte, en procurarnos alguna más comodidad, una posición más desahogada y feliz

que la hasta entonces conseguida, pero la verdadera felicidad no consiste en la sobreexcitación del sistema nervioso ni tampoco dimana de comer, beber, oír y ver, ni de la satisfacción de los apetitos y deseos, sino que es fruto del noble esfuerzo y de la vida útil. Aquí y allá la libamos de una palabra cariñosa, de una acción magnánima, de un generoso impulso, de un auxilio eficaz. De ella arrancamos un trocito de cada pensamiento sano, de cada buena palabra o acción, sin que podamos encontrarla en ninguna otra parte. Se ha dicho que la felicidad es un mosaico compuesto de menudísimas piedrecuelas de escaso valor, pero que dispuestas en acertada combinación constituyen preciosísima joya.

Quien ande en busca de la felicidad, recuerde que doquiera vaya sólo encontrará la que consigo lleve. La felicidad no está jamás fuera de nosotros mismos ni tiene otros límites que los que nosotros mismos le señalamos. Nuestra aptitud para estimar y gozar determinará los límites de nuestra felicidad.

Nada hallaremos en el mundo si no está en nuestro interior. La felicidad dimana de la vigorosa y espontánea expresión de lo mejor de que somos capaces.

Nuestro error está en que buscamos la felicidad donde no existe: en lo transitorio y perecedero, en el halago de los apetitos y en los placeres bestiales. La felicidad dimana de dar y entregar, no de recibir y retener.

Jamás seréis felices atesorando riquezas, por valiosas que sean. Lo que el hombre es, no lo que tiene, labra su felicidad o su infortunio.

Siempre está hambriento el corazón humano; pero la infelicidad es el hambre de adquirir; la felicidad el hambre de dar. La felicidad ha de borrar todo tinte de tristeza.

Es la felicidad el premio de los servicios prestados al prójimo, del heroico esfuerzo en desempeñar nuestro papel y cumplir nuestro deber con el mundo. La felicidad deriva del deseo de ser útil, de mejorar el mundo de modo que pueda vivirse menos penosamente en él a causa de nuestros esfuerzos. Las menudas menciones, las agradables palabras, los ligeros pero oportunos auxilios, las leves finezas, los suaves

estímulos, los deberes fielmente cumplidos, los servicios desinteresados, la amistad, el afecto y el amor, son cosas que, no obstante su sencillez, nos llevan muy cerca de encontrar y poseer la felicidad.

Entre los prejuicios dimanantes de la diferencia de razas, religiones y sectas, subyace la unidad de la vida, la esencial unidad que, si de ellauviésemos conciencia, nos enseñaría que todos los hombres somos hijos del mismo Padre y necesariamente hemos de ser de la misma sangre, de la misma esencia, de una sola y universal fraternidad.

Dice Guillermo D. Howells:

Para mí no ha de ser la vida como una caza de la perpetuamente imposible felicidad personal, sino el anhelo de conseguir la felicidad de toda la familia humana. No hay otro éxito.

¡Ah! ¿Cuándo será la norma de todo hombre el bien de la humanidad, de modo que la paz se extienda como un lienzo de luz sobre la tierra y como una red a través del mar?